Ramiro Montoya

Vida en Orihuela, muerte en Alicante

Uno. –Verano del 41

He recibido los dos puros y me los he fumado a vuestra salud y la de la tía Concha.

En medio de incontables calamidades, la trágica rutina de la cárcel de Alicante era como una irregular y triste prolongación de la vida de España. Como excepcional manifestación de alegría, el 20 de agosto de 1941, en la plenitud del verano, Miguel Hernández anunció a los suyos que había recibido los puros que desde Orihuela le habían enviado y que se los había fumado. Tal vez era una forma de contarle al mundo exterior que seguía vivo y podía participar de aquel ritual mediterráneo del tabaco y la molicie. Jirones de humo que llegaban a su celda con la certeza de que estaba en la cárcel más llevadera de las varias que había conocido, rodeado de su mundo, cerca de Josefina y Manolito, en el cauce de noticias sobre su libro que quería recuperar y en la dedicación a otro que estaba escribiendo.[1]

Ese año y en esta cárcel de Alicante las tareas de escritor lo mantuvieron activo. Sacando energías de donde no las tenía, la tuberculosis le dio momentos de alivio para seguir puliendo los poemas del que sería su libro póstumo (*Cancionero y romancero de ausencias*) y para escribir algunas cartas a impresores y conocidos, pidiéndoles que hicieran

1 Desde que lo condenaron a muerte, en menos de dos años había pasado por las cárceles de Madrid, Palencia y Ocaña hasta llegar a esta de Alicante, con la pena de fusilamiento conmutada a 30 años.

algo por recuperar los pliegos "en rama" (sin encuadernar) de *El Hombre Acecha* que habían quedado abandonados en la imprenta cuando el ejército franquista entró en Valencia, último reducto del gobierno de Negrín.

A la preocupación sobre sus libros, la cercanía a Orihuela y la inminencia de ver a su mujer Josefina y a su hijo, había que agregar la esperanza de que su condena fuera reducida de 30 a 20 años. Esas eran las vivencias que le traían algún consuelo en la derrota, por ellas había logrado superar el desagrado de sentirse abandonado por sus amigos, sensación que lo acompañaba desde cuando Rafael Alberti y María Teresa León tomaron el avión en Monóvar para volar a Orán y escapar a la represión franquista, sin ofrecerle la huida a Argelia, tal vez "porque no había espacio" en el avión, tal vez porque él "prefirió quedarse en Orihuela".

En el cuarto dormitorio de la cárcel de Alicante sus vecinos eran hombres de las vegas del Segura que lo conocían y lo rodeaban de cierta consideración por ser el poeta de Orihuela y también por el grado de capitán que en el frente del Levante le habían otorgado los camaradas de la Sexta División.

Esos eran, sin embargo, "silbos de llama en la brasa", porque el mal que le habían diagnosticado desde la cárcel en Ocaña le ocasionaba a cada momento terribles sacudimientos de tos, sangre en la saliva y la tenaz fiebre que rondaba desde el atardecer y presionaba contra las paredes de su cráneo por el resto de la noche.

En los días anteriores al fin de la guerra había visto en la tipografía de Valencia el proceso de impresión de *El Hombre Acecha*, que ya iba teniendo forma de libro. Ahora la falta de noticias alimentaba la duda de que sus compañeros no hubieran podido ocultar los pliegos impresos. Algún día, tal vez, podrían encuadernarse, no en estos tiempos, porque a causa del solo título de algunos poemas los ejemplares irían seguramente a la hoguera, si no es que le abrían otro proceso y le restablecían la sentencia de muerte.[2] Gracias a José María de Cossío, Vicente Aleixandre, Rafael Sánchez Mazas y Dionisio Ridruejo, estaba vivo. Fueron estos amigos quienes intervinieron y movieron "enchufes" en el nuevo régimen para que le conmutaran la pena de muerte por una condena a 30 años. Por ellos tenía la ilusión de que le rebajarían a 20. Ni con esta gracia iba a llegar nunca la libertad, pero por lo menos podría dejar a su hijo los pliegos en rama del libro perdido en Valencia y el *Cancionero* que estaba escribiendo. Tal vez éste sí era publicable, aunque necesitara tocar a muchas puertas con cartas insistentes, hasta lograr el imprimátur de la censura.

---

2 *El hombre acecha,* que iba a ser editado en 1939, contiene poemas de corte social y otros abiertamente políticos como "Rusia", "Fábrica Ciudad", "Oficiales de la VI División". Está dedicado a Pablo Neruda, con quien lo unía una gran amistad, y bajo cuya influencia entró en la política del lado de la Unión Soviética y del Partido Comunista, que lo invitó a Moscú en 1937.

Dos. –Otoño del 41

No, no hay cárcel para el hombre.
No podrán atarme, no.
Este mundo de cadenas
me es pequeño y exterior.
¿Quién encierra una sonrisa?
¿Quién amuralla una voz?

(Poema 60 del *Cancionero y romancero de ausencias*)

En el "Reformatorio de Adultos" (eufemismo para designar la cárcel de los vencedores franquistas), por encima del hambre, las malas noticias y la desesperanza, "la saca" era la más pesada de las lozas que caían sobre la humanidad desgastada de los presos perdedores. A la madrugada, tras el eco de tétricas pisadas y voces acercándose, los guardianes, leyendo su lista en voz muy alta, despertaban a quienes debían salir de aquel edificio lúgubre para ser llevados al encuentro con la muerte en los extramuros y cunetas. Era "la saca".

A Miguel, encerrado en el cuarto dormitorio, aquellas realidades, convertidas en dramática rutina, en los últimos meses casi ni le llegaban porque en el rincón de su celda apenas tenía fuerzas para sostenerse y soportar el malestar físico, la tos persistente que consumía sus alientos, la fiebre en ascenso hasta casi estallar la cabeza, la falta de aire que lo aniquilaba. Cuando llegaba la hora de levantarse, algunas mañanas no tenía fuerzas para estar de pie y sus vecinos de celda tenían que llevarlo a la enfermería, por entre la indiferencia de los guardias.

Las contadas ocasiones en que salía al patio, a recibir un poco de aire y de sol, ponían en evidencia los enfrentamientos que desde tiempos de la guerra existían entre los distintos grupos republicanos. El círculo en que tenía que refugiarse Miguel Hernández, al interior del cual limitaba sus movimientos y relaciones, era el grupo mayoritario que dominaba el patio, mantenía la solidaridad dentro de la cárcel y era conocido como "el regimiento de Moscú". La minoría, que le había puesto aquel apodo, eran los anarquistas "cenetistas", dirigentes obreros traídos desde Valencia, silenciosos, desconfiados, diezmados por la frecuencia de las "sacas" para fusilamiento.

La atmósfera en los espacios comunes era tan tensa que el poeta prefería quedarse en algún rincón releyendo versos propios y ajenos. De esa manera podía ahorrarse amargas experiencias, como la vez que un anarquista, que lo vio barriendo en cumplimiento de un castigo que le habían impuesto, le dijo mientras escupía por lo bajo: "lo único que no puedes barrer es la sombra de Stalin…".

Los derrotados no sólo estaban inermes y a disposición de los vencedores sino que, aun presos, estaban divididos en grupos y subgrupos aferrados a antiguos rótulos y combatiéndose unos a otros con todas las armas, excepto la delación. Por eso, si lo dejaba la

fiebre, buscaba otras cosas que hacer, menos amargas que los rescoldos de aquellas pugnas internas en medio del aniquilamiento.

La guerra había terminado, los fascistas habían vencido a la República. Una contribución importante a esta derrota habían sido las disensiones internas que ocuparon el tiempo y la energía de muchos cuadros dirigentes en ejecutar las purgas decretadas por Stalin contra trotskistas y anarquistas y a éstos en levantamientos separatistas.

Cada dormitorio y cada esquina de patio o corredor de la prisión de Alicante era territorio separado para los del PCE, ERC, POUM, CGT, CNT,[3] con un nivel de beligerancia que contribuía al hundimiento físico del poeta, determinado a mantener la solidaridad que recibía de sus compañeros comunistas. Bajo la protección de Pablo Neruda había hecho el tránsito a las ideas socialistas. Para ir a Rusia y volver enamorado de lo que allí vio, había salido de España en el año 37. El soviético era el único gobierno que había vendido armamento para combatir a los alemanes e italianos. Con armas soviéticas y bajo comisarios comunistas se había enrolado y combatido en los frentes de Teruel y el Levante. Los de CNT escupían a su paso y hasta en la enfermería le preguntaban, en rima: "¿Por qué el gobierno Negrín / tuvo que cargarse a Nin? / ¡Por orden de Stalín!" [4]

Tres. –Invierno del 41 al 42

Llueve tiempo, llueve tiempo.
Y un día triste entre todos,
triste por toda la tierra,
triste desde mí hasta el lobo,
dormimos y despertamos
con un tigre entre los ojos.

(Poema 66 del *Cancionero y romancero de ausencias).*

Salvo orden contraria de los guardias, prefería no salir al patio. Si lo dejaban y disponía de algunas hojas de papel, mejor escribir cartas a Josefina y los amigos ("para mí no hay otro quehacer que escribiros a vosotros o desesperarme"). Si no había papel, se concentraba en la memorización de sus poemas para dejarlos corregidos en sus archivos mentales, y después pasarlos a la libreta que en el cuarto dormitorio dio acogida al *Cancionero y romancero de ausencias.*

En enero del 42 los poemas del nuevo libro estaban ya trascritos en la libreta. Como quedaban hojas en

3 Siglas del Partido Comunista Español, Esquerra Republicana de Cataluña, Partido Obrero de Unificación Marxista, Confederación General del Trabajo y Confederación Nacional del Trabajo.

4 Las rivalidades a muerte entre comunistas, de un lado, y trotskistas y anarquistas, de otro, tuvieron su culminación en la desaparición de un antiguo trotskista, Andreu Nin, máximo dirigente del POUM y CNT, anarquistas. Este agresivo terceto recibía su respuesta en "pintadas" que los agentes stalinistas fijaban en las paredes, aun en la post-guerra, para difundir el invento de que Nin era un traidor que estaba en los cuarteles hitlerianos o franquistas: "Gobierno de Negrín / ¿dónde está Nin? / En Salamanca o Berlín".

blanco, buscó en su memoria versos de la familia de romances y canciones, y qué mejores que los de *Nana de la Cebolla* que había escrito en la cárcel de Madrid, durante su primera prisión, en 1939. ("El olor de la cebolla que comes me llega hasta aquí y mi hijo se sentirá indignado de mamar y sacar zumo de cebolla en vez de leche", fue lo que le escribió en carta remisoria a su mujer cuando ésta le contó que no comía más que pan y cebolla):

La cebolla es escarcha
cerrada y pobre:
escarcha de tus días
y de mis noches.
Hambre y cebolla,
hielo negro y escarcha
grande y redonda.

En la cuna del hambre
mi niño estaba.
Con sangre de cebolla
se amamantaba.
Pero tu sangre,
escarchada de azúcar,
cebolla y hambre.

En el cuaderno que le permitieron escribir en la cárcel tuvieron cabida otros poemas, de estilo muy diferente al *Romancero*, como el soneto alejandrino "Ascensión de la Escoba" que también data de 1939, y que surgió un día que le pusieron el castigo de barrer el patio.

La tremenda realidad era que el aire penetraba escaso en sus pulmones, con dolor, y que su tórax cansado sonaba como un instrumento de viento. La falta de ánimo y energía lo obligaba a mantenerse sentado al borde de la cama toda la larga noche, hasta que el frío de la madrugada lo hacía revolcarse bajo la manta gastada buscando un alivio que no llegaba; luego venía inevitablemente un acceso de ahogo y tos, y el sudor le empapaba el cuerpo tiritante. Hasta que no aguantaba más y, entre quejidos, golpeaba en el tabique que lo separaba de la celda de Bruno Larriba. De nuevo era llevado a la enfermería, donde sólo conseguía un alivio pasajero para su mal. Cuando lo volvían a su encierro, con la fiebre un poco reducida, sin fuerzas, debía compartir su camastro con toda suerte de bichos –así lo dejó escrito: "Entre sarna, piojos, chinches y toda clase de animales, sin libertad, sin ti, Josefina, y sin ti, Manolillo…".

Cuatro. –Mayo de 2005

Miguel: me acuerdo de ti
después del sol y del polvo,
antes de la misma luna,
tumba de un sueño amoroso.

(Poema 66 del *Cancionero y romancero de ausencias*)

El peregrino "hernandiano" va en el tren, en busca del pueblo, la casa y el entorno de infancia y juventud del poeta. España es un nuevo país, pasado por 40 años de dictadura franquista, modelado por 25 años de transición modernizadora, transformado por su ingreso a la Unión Europea, regido por alternativos gobiernos democráticos. Las buenas condiciones económicas de que disfrutan 40 millones de españoles se reflejan en las comodidades de este

tren de cercanías, que en una hora cubre los 60 kilómetros que van de Alicante a Orihuela, con parada en Elche y otras estaciones.

En el breve trayecto, desde el tren se ven regadíos de la huerta alicantina, en plenitud de primavera. Su luz oceánica y el destino de este viaje suscitan el recuerdo de los inevitables versos leídos hace tantos años y que, como guardados para este momento, van surgiendo atropellados. Con despliegue de sensaciones más que de comprensión, la memoria se apoya en la media voz:

> *Me llamo barro aunque Miguel me llame./ Barro es mi profesión y mi destino / que mancha con su lengua cuanto lame.*

Luego se ven extensos cultivos de fresa que van poniendo manchas rojas sobre el verdor de la vega del río Segura.

> *Como el toro he nacido para el luto / y el dolor, como el toro estoy marcado / por un hierro infernal en el costado / y por varón en la ingle con un fruto.*

Se ven los altos edificios y las instalaciones industriales de Callosa del Segura, que anuncian la proximidad de nuestro destino. Los viejos campos de labranza tienen cultivos modernos, y aun así dejan espacio para cuatro campos de golf y extensas construcciones para turistas. En los suburbios, algún cortijo de la eterna España, vigente en tiempos del poeta y reemplazada en buena parte por urbanizaciones y un horizonte de grúas para nuevos apartamentos.

> *Aunque bajo la tierra / mi amante cuerpo esté, / escríbeme a la tierra, / que yo te escribiré.*

Orihuela, con las altas torres de su centro monumental, "tendida en la llanura" contra los cerros, es una bella ciudad, que ha restaurado su centro histórico y exhibe una estructura que notifica al visitante de que ya no es el "pueblo" que describió Miguel Hernández. El flujo de trabajadores inmigrantes, en especial de Latinoamérica, es tan fuerte que solamente en restaurantes colombianos hay tres.

A pesar de ese entorno de modernidad, la casa donde vivió el poeta está envuelta por el "duende" de un sitio sagrado: "La esquiva pendiente que a él conduce, despoja al espíritu de su vulgar ropaje, concentra la emoción, aguza los recuerdos y purifica el alma para la visión del martirio glorioso".[5] La primera visión de la pequeña casa nos instala en el recobrado tiempo de la infancia del poeta. La han reconstruido, manteniendo la sencillez, con los espacios y muebles que debió tener.

> *Pintada, no vacía:/ pintada está mi casa / del color de las grandes / pasiones y desgracias.*

Entramos emocionados al salón, a lo que fue la cocina, a la alcoba de los padres, a la de Encarna y Elvira, las hermanas, que da paso a la que Miguel compartía con Vicente, el hermano mayor. En esta alcoba de los varones se conservan las sencillas

5 Guillermo Valencia ante la Quinta de Bolívar, en Bogotá, 1924.

camas, el pequeño escritorio, la mínima ventana al patio luminoso. Los muros, la distribución de recintos, el menaje, los aperos, los pequeños utensilios trasmiten la simplicidad de la vida diaria, la dureza de los trabajos, la cercanía entre padres e hijos, las relaciones fraternales. En las paredes han colocado fotos de la familia, los padres, los cuatro hermanos cuando eran niños, algunos instantes de la juventud del poeta.[6]

> *He poblado tu vientre de amor y sementera, / he prolongado el eco de sangre a que respondo / y espero sobre el surco como el arado espera: / he llegado hasta el fondo.*

Pasamos al patio, con su brocal de piedra ennoblecido por el abandono. Luego al huerto con la higuera que domina sobre los demás troncos, dos o tres que exhiben un limitado ramaje a pesar de la primavera. En este recinto de precarias tapias estuvo el corral, donde tenían lugar el ordeño y el cuidado de las cabras. Detrás de los muros, el roquedal de los cerros, que protegen la casa. Aquí en el huerto culmina la elación del peregrino que, como a un templo, se ha acercado con pasos respetuosos hasta el altar de ramas vegetales. Tal vez este mismo sea el curso de la escritura poética de Miguel Hernández: desde las alcobas, donde habita su gente, a la huerta donde sombrea la higuera y luego al campo abierto por el camino de las cabras y los despeñaderos.

> *Tengo ya el alma ronca y tengo ronco / el gemido de música traidora… / Arrímate a llorar conmigo a un tronco: / retírate conmigo al campo y llora / a la sangrienta sombra de un granado / desgarrado de amor como tu ahora.*

Al salir de nuevo a la calle el peregrino se sienta en la roca que, emergiendo del suelo, rompe la continuidad de la acera y es como un aplastado monolito en la esquina donde construyeron la casa. Juzgando por antiguas fotos, la piedra se ha desgastado con el transcurso del tiempo y el paso de los visitantes.

> *Umbrío por la pena, casi bruno, / porque la pena tizna cuando estalla / donde yo no me hallo, no se halla / hombre más apenado que ninguno.*

Por sobre los tejados de la casa volvemos a mirar hacia el roquedal del monte, enhiesto bajo el sol de mayo, por donde el niño cabrero recorrió tantas veces las sendas de la carencia cierta y de los sueños imprecisos.

> *Arena del desierto / soy: desierto de sed. / Oasis es tu boca / donde no he de beber.*

Al otro lado de la calle se levanta el moderno edificio del Centro de Estudios Hernandianos, dedicado a clasificar los escritos del poeta, los documentos de su época y las publicaciones que en todo el mundo hacen referencia a su vida y su obra.

---

6 En Orihuela, en aquellos primeros años del siglo XX se utilizaron cámaras fotográficas con frecuencia suficiente para dejar un abundante registro fotográfico de la familia y de su entorno. El poeta mismo debió tener alguna cámara, como lo atestiguan algunas fotos que luego vimos en la Biblioteca Municipal.

Cinco. –Rastro de la muerte en los archivos

En Orihuela, su pueblo y el mío, se ha muerto, como del rayo, Ramón Sijé, con quien tanto quería.

(Dedicatoria de *Elegía*).

La plaza donde el poeta leyó en 1935 la Elegía a Ramón Sijé y descubrió la placa que le daba su nombre al sitio, en algún momento perdió su nomenclatura republicana, aunque una calle no muy distante lleva ahora el nombre de "Ramón Sijé".[7]

Yo quiero ser llorando el hortelano
de la tierra que ocupas y estercolas,
compañero del alma tan temprano.

Alimentando lluvias, caracolas
y órganos mi dolor sin instrumento,
a las desalentadas amapolas

daré tu corazón por alimento.
Tanto dolor se agrupa en mi costado,
que por doler, me duele hasta el aliento.

Un manotazo duro, un golpe helado,
un hachazo invisible y homicida,
un empujón brutal te ha derribado.

No hay extensión más grande que mi herida,
lloro mi desventura y sus conjuntos
y siento más tu muerte que mi vida.

Ando sobre rastrojos de difuntos,
y sin calor de nadie y sin consuelo
voy de mi corazón a mis asuntos.

Temprano levantó la muerte el vuelo,
temprano madrugó la madrugada,
temprano estás rodando por el suelo.

No perdono a la muerte enamorada,
no perdono a la vida desatenta,
no perdono a la tierra ni a la nada.

En mis manos levanto una tormenta
de piedras, rayos y hachas estridentes,
sedienta de catástrofes y hambrienta.

Quiero escarbar la tierra con los dientes,
quiero apartar la tierra parte a parte
a dentelladas secas y calientes.

Quiero minar la tierra hasta encontrarte
y besarte la noble calavera
y desamordazarte y regresarte.

Volverás a mi huerto y a mi higuera
por los altos andamios de las flores
pajareará tu alma colmenera

de angelicales ceras y labores.
Volverás al arrullo de las rejas
de los enamorados labradores.

7 Ramón Sijé es el anagrama y pseudónimo de José Marín Gutiérrez, amigo de juventud de Miguel Hernández y su cómplice de los primeros versos y revistas en Orihuela. Sijé ayudó al poeta en su etapa de formación autodidacta y escribió el prólogo de *Perito en Lunas*. Falleció en 1935, a los 22 años, cuando Miguel se había marchado de Orihuela a Madrid.

Alegrarás la sombra de mis cejas
y tu sangre se irá a cada lado
disputando tu novia y las abejas.

Tu corazón ya terciopelo ajado,
llama a un campo de almendras espumosas
mi avariciosa voz de enamorado.

A las aladas almas de las rosas
del almendro de nata te requiero,
que tenemos que hablar de muchas cosas
compañero del alma, compañero.

Por entre esas y otras contradicciones de la nomenclatura urbana llegamos a la Biblioteca Municipal de Orihuela, la cual guarda un vasto y valioso archivo de la herencia hernandiana.

El peregrino –curioso por mirar documentos, recortes, fotografías– cierra allí su búsqueda de las huellas del poeta, y la cierra de una manera dolorosa porque la casualidad pone en sus manos el manuscrito carcelario con el inventario de efectos del prisionero de Alicante, fechado en la madrugada misma de su muerte:

> Relación de los efectos de propiedad del fallecido hoy a las 5:30 horas, Miguel Hernández Gilabert.
> 1 mono, 2 camisetas, 1 jersey, 1 camisa, 1 calzoncillo, 2 fundas de almohada, 1 correa, 1 toalla, 1 servilleta, 2 pañuelos, 1 par de calcetines, 1 manto, 1 cazuela, 1 bote.
> Pase a la desinfección y desde allí a almacenes de administración.
> Alicante 28 de marzo de 1942.
> El oficial (Fdo).

Al atardecer, tomando una *caña*, el peregrino descansa en una terraza cerca de la estación del tren. Hasta allí confluyen amplias calles y avenidas del nuevo urbanismo de Orihuela. Al fondo sobresale el centro monumental de la ciudad, en el que se destacan las numerosas torres de iglesias, los antiguos seminarios y conventos, los edificios públicos.

Dedicamos el lapso de otra *caña* a poner en limpio algunas notas:

> ¿Cómo en aquel rincón de lo que era la España rural de 1910 pudo nacer un poeta tan verdadero? ¿Cómo pudo formarse, autodidacto, a la sombra de clérigos y sacristanes, en un ambiente cerrado a los aires que circulaban en otros lugares del mundo? A los estudiosos de su vida y obra no les queda sino admitir que "el poeta nace", y como el mismo Miguel lo señala en la dedicatoria de su libro Viento del Pueblo a Vicente Aleixandre: "A nosotros, que hemos nacido poetas entre todos los hombres, nos ha hecho poetas la vida junto a todos los hombres".
>
> Sin embargo, su aptitud natural no era sólo para nutrir sus versos con la vida inmediata sino que estaba acompañada de una disposición para captar los ritmos, formatos y textos de la palabra en otros poetas. Miguel lo logró con los clásicos del idioma, guardados como tesoro en las bibliotecas de los canónigos de Orihuela, los cuales pudo leer y releer y cuyo tono buscó imitar en

sus primeros intentos y logró igualar en poemas de la madurez.

Fiel al medio rural en que había nacido, y a la condición modesta (que no de pobreza) de su familia, sus escritos tienen desde el principio un acento social, con profunda raigambre combativa.

Su primer libro, *Perito en Lunas* (1933) y sus primeras obras de teatro muestran una contradicción entre las secuelas heredadas del ambiente religioso y la inmediatez de lo popular. Luego la irradiación ideológica y política de la revolución bolchevique lo entusiasma con el ideal socialista y le da un bagaje para superar las influencias del medio en que había crecido. Con ese nuevo enfoque publica *El rayo que no cesa* (1936) y *Viento del Pueblo* (1938). *El hombre acecha* y *Cancionero y romancero de ausencias*, obras póstumas, estarán también marcadas por el humanismo revolucionario.

La Guerra Civil (1936-1939) lo lleva a una activa participación en el lado republicano y aporta a su poesía un estilo combatiente. Ingresa como soldado en el Quinto Regimiento, lucha en los frentes de Teruel y Extremadura, y se desempeña como comisario de cultura y de los servicios de propaganda, hasta que llega la derrota que lo lleva a diversas cárceles del franquismo. En la de Alicante muere a los 32 años de nacido en Orihuela.

El peregrino aparta la vista de sus notas y, entre los árboles a cuya sombra se protege del sol, ve en la muralla una placa que nombra aquel apacible rincón: "Plaza Miguel Hernández".[8] Este desbordamiento de homenajes al poeta no hace más que aumentar la amargura de quien no ha podido recuperarse de la lectura del "inventario de efectos personales del fallecido", con la instrucción "pase a la desinfección".

Dejando atrás la trascendencia y ubicuidad del poeta, nuestro recorrido por el Levante español nos aleja de Orihuela y nos lleva hacia el sur, hacia Cartagena. En el moderno va-

8 La presencia de M. Hernández en la vida cultural y universitaria de la provincia de Alicante es muy marcada. La Universidad pública de la región, que se llama Miguel Hernández, tiene su campus principal en Elche y sedes en otras ciudades, incluyendo Orihuela. Un apasionado culto hernandiano se hace presente en todo género de actividades y publicaciones. En Orihuela, al lado de la Casa-Museo funciona, en moderno edificio, la Fundación y Centro de Estudios, que se ocupa de la investigación y conservación de fondos documentales, fotográficos, audiovisuales y hemeroteca, además de la administración de la Biblioteca Virtual M.H. y la edición de la revista digital "El Eco Hernandiano". Otros Fondos con patrimonio documental complementario funcionan en la Biblioteca Municipal "Fernando de Loazes". En Elche, epicentro urbano de la región, el Centro Hernandiano de Estudios e Investigación (CHEI) es depositario del legado M. H., constituido por manuscritos, correspondencia, fotos, libros, música, pinturas que fueron propiedad del poeta. Con estas instituciones y muchas más la memoria de M. H., el estudio y culto a su obra están asegurados más allá del reconocimiento que cualquier provincia deba al más destacado de sus hijos. En este caso, a niveles que seguramente harían sonrojar la adusta sencillez del poeta.

gón, mientras el disco solar se hunde en el Mediterráneo, nos vienen a la memoria los versos finales de la otra Elegía (la de *la novia panadera de pan más trabajado y fino*):

¡Cuántos amargos tragos es la vida!
Bebió él la muerte y tú la saboreas
y yo no saboreo otra bebida.

Retírate conmigo hasta que veas
con nuestro llanto dar las piedras grama,
abandonando el pan que pastoreas.

Levántate: te esperan tus zapatos
junto a los suyos muertos en tu cama,
y la lluviosa pena en sus retratos
desde cuyos presidios te reclama.

Bibliografía

Hernández, Miguel. *Poesía*. Editorial Seix Barral, Barcelona, 1984.

---. *El hombre acecha – Cancionero y romancero de ausencias*. Edición de Leopoldo de Luis y Jorge Urrutia. Cátedra, Madrid, 1988. (En este libro hemos encontrado muy fiable aclaración de algunos versos).